

«LA DESCONFIANZA, EL PESIMISMO Y LA IRA NO SON RASGOS INTRÍNSECOS DEL VENEZOLANO»

En situaciones de crisis las personas tienden a emplear mecanismos emocionales primitivos e infantiles: esperan que alguien les resuelva sus problemas, se tornan violentas o comienzan a dividir el mundo en «buenos» y «malos. Algo similar les está ocurriendo a muchos venezolanos, cuyos comportamientos podrían reflejar, en un extremo, el deseo de exterminar al otro. Para superar tales estados mentales, el psiquiatra Ortega Sánchez propone aprovechar la fuerza de la emoción para alimentar modos de pensar significativos y razonables.

Importantes sectores de la vida nacional se plantean, cada vez con mayor frecuencia, hipótesis y teorías sobre el estado mental de los venezolanos. Los consultorios psiquiátricos reportan un creciente número de pacientes. Más que la pertinencia de un enfoque teórico determinado (estructuralista, freudiano, jungiano, lacaniano), las personas que acuden a terapia buscan restituir el equilibrio emocional que juzgan perdido. La raíz del malestar parece tener en la crisis un denominador común.

¿Es capaz la mente humana de diferenciar el cambio circunstancial, propio del devenir cotidiano, de una crisis que todo lo afecta y redimensiona? ¿Se encuentran las personas dotadas de un mecanismo natural para superar con éxito la adversidad? Manuel Ortega Sánchez, profesor de la Facultad de Medicina de la Universidad Central de Venezuela y director del grupo de

trabajo «Humana Docencia», conversó con Ramón Piñango, Virgilio Armas Acosta y Rafael Jiménez Moreno, de *Debates IESA*, acerca de un tema tan apasionante como complejo: los estados mentales presentes en la sociedad venezolana.

Debates IESA: El estudio de la mente humana siempre ha semejado una complejísima madeja. ¿Cuál hebra de este ovillo halaría para aproximarse al fenómeno de los estados mentales colectivos?

Manuel Ortega Sánchez: Sería un reduccionismo infantil pensar que el manejo de los conceptos y temas psicológicos pudiera llevar a comprender toda la dinámica de una sociedad, pero sí considero que al menos ofrece la ventaja de que las personas puedan verse identificadas en la interpretación

clínica de una determinada tipología de paciente.

Cuando deseamos entender qué cosa es la mente y cuáles son los mecanismos psicológicos que en ella operan, debemos arrancar de un punto de partida muy claro: la psique se mueve, generalmente, entre contradicciones, se desenvuelve atada a fuerzas que casi siempre son divergentes y que con frecuencia entran en conflicto. El resultado final es la interacción de dos o más fuerzas psíquicas.

Desde el punto de vista mental hay una diferencia básica entre las crisis y los cambios. Las crisis se caracterizan, fundamentalmente, porque las personas se sienten incapacitadas para asumir y resolver un conjunto de circunstancias surgidas en sus vidas. Por el contrario, cuando los individuos están en condición de asumir las modificaciones de su entorno vital, o de su ámbito íntimo, hablamos de un cambio. Es una distinción psicológica

fundamental, porque los cambios pueden ser complicados, pero generalmente son encarados con un estado mental que podemos calificar de «adulto».

La raíz del problema se encuentra en el hecho de que, cuando una persona entra en una situación de crisis, lo primero que ocurre es una alteración de su funcionamiento mental. Desde el punto de vista psicológico, el ser humano no está programado para enfrentar las crisis.

En toda crisis existe un elemento constitutivo muy subjetivo. Ante una misma situación, una persona puede sentir una depresión inmanejable, mientras que otra puede enfrentarla con tranquilidad.

La crisis no está definida por las circunstancias, sino por la capacidad y la disposición personales para superar la situación que produce molestia o incomodidad. Es obvio que, llegados a este punto, nos movemos en el campo de la subjetividad.

Existen otras dos circunstancias que también pudieran ayudarnos a redondear el concepto de crisis: la primera es la ocurrencia brusca de una situación conflictiva; la segunda, la posibilidad real de que lo sucedido amenace la estabilidad emocional o la integridad física de la persona. Sin embargo, estos dos factores no necesariamente confluyen en un episodio de crisis. De hecho, una situación se puede tornar crítica por perpetuarse en el tiempo; es decir, no por lo agudo sino por lo continuo.

Cuando una persona entra en crisis, su funcionamiento mental cambia radicalmente. Los mecanismos psíquicos de una persona en crisis son distintos de los mecanismos psíquicos de una persona estable.

LA MENTE INFANTIL

Al estudiar los estados mentales presentes en la sociedad venezolana, ¿cuáles mecanismos psíquicos de una persona en crisis se pueden identificar en el ámbito colectivo?

Si una persona está en crisis el primer mecanismo mental que se activa, de un modo inconsciente, es la regresión. Cuando la estabilidad emocional se viene a pique, muchos individuos comienzan a utilizar recursos mentales arcaicos

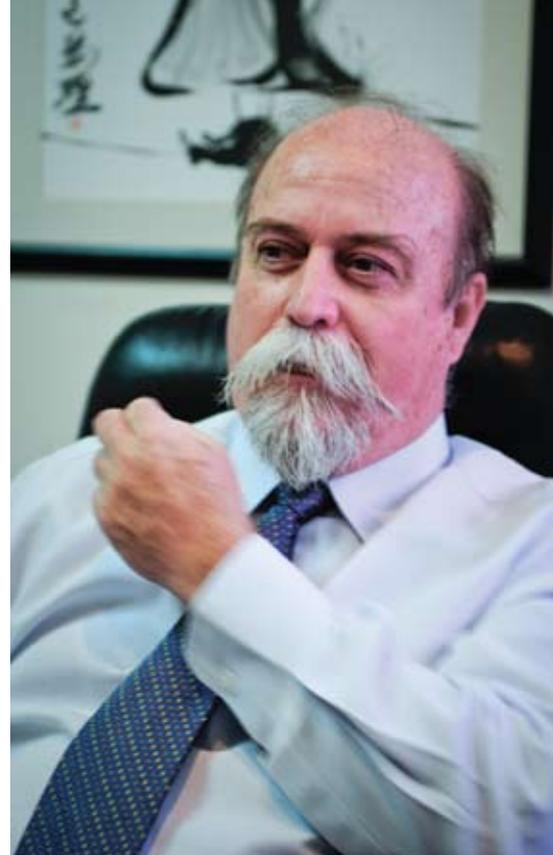
y procesos psicológicos primitivos. Un niño de cinco años ya tiene control de los esfínteres y no toma tetero; pero, cuando es sorprendido por la llegada de un hermanito, el niño comienza otra vez a orinarse encima, retoma el hábito del tetero y no quiere dormir solo; es decir, en el niño se presenta una regresión, una involución, en la que su capacidad de funcionamiento independiente queda sustituida por una conducta arcaica de dependencia. Este tipo de respuestas inconscientes e infantiles se mantiene en la mente del adulto y reaparece en situaciones de crisis.

Cuando las personas estamos «regresivas» nos pasan varias cosas. Lo primero es que nos volvemos dependientes. En una situación de regresión tendemos a esperar que alguien nos resuelva los problemas: un iluminado, un salvador, un Mesías. ¿No les parece familiar?

Pero hay más. Cuando las personas están «regresivas» se vuelven susceptibles, padecen un aumento de la sensibilidad y entonces se la pasan de mal humor. Las personas «regresivas» son irritables, se frustran fácilmente y son proclives a cuadros depresivos. Además, al aumentar la frustración también lo hace la violencia.

Otra consideración importante es que cuando una persona experimenta una situación de crisis su mente comienza a recrearse en un juego muy peligroso, cuyo nombre podemos sintetizar en la expresión «los buenos contra los malos». La persona comienza a mirar el mundo en blanco y negro, tiene una visión simplista de la realidad exterior, siente que es el dueño de la verdad; mientras que el otro, en cambio, es el enemigo, un ser despreciable. Cuando un adulto adopta el mecanismo psicológico de «buenos contra malos» se convierte en un fanático, y experimenta una tendencia a la destrucción real o simbólica del otro, en lugar de la comprensión y la integración. ¿No hay un cierto parentesco con nuestra situación actual?

Pero ahí no termina el problema. En situaciones de crisis también ocurre otra operación mental: el «principio de la realidad» —aprender a renunciar a metas desmesuradas y a postergar algunos goces— es sustituido, en la práctica, por el «principio del placer». En situaciones de crisis, la persona siente que necesita obtener resultados rápidamente. El drama de la sociedad venezolana radica en la necesidad de que sus integrantes tengan la capacidad de pensar a largo plazo, postergar



muchas de sus aspiraciones, renunciar a lujos y gratificaciones. Pero la mente infantil no funciona así.

EMOCIÓN Y RAZÓN

Entonces, de acuerdo con la noción de estado mental colectivo, estamos en una situación de crisis como sociedad. ¿Cómo se refleja eso, por ejemplo, en los casos estudiados en su consulta psiquiátrica?

Es conveniente evitar el reduccionismo de la intención de explicar lo social a partir de lo psicológico; es decir, de descifrar lo general a partir de lo individual. Si me formularan la pregunta directa sobre si Venezuela es una sociedad en crisis, tendría que responder que todo depende de la posición social, política y económica de quien haga la pregunta. Para un gran conglomerado del país, la situación de Venezuela es sumamente crítica; pero, en cambio, para otro sector de la población, casi la mitad del país, la percepción de la realidad es todo lo contrario. Según el criterio de unas cuantas personas, estamos en una excelente situación.

¿No es preocupante la coexistencia de un país traumatizado, consumido por una crisis, con otro país feliz, estable emocionalmente?

Pero es así...

Y ambos países tienen que encontrarse, vivir juntos y lidiar el uno con el otro...

El mecanismo mental de «buenos y malos» dificulta cada día más la posibilidad de compartir o sentarse a hablar. La crisis de cada sector está muy vin-

«Cuando la estabilidad emocional se viene a pique, muchos individuos comienzan a utilizar recursos mentales arcaicos y procesos psicológicos primitivos»

culada con el estado de bienestar del otro sector. Es casi un juego suma cero, porque existe una percepción compartida de que es imposible que a los dos bandos políticos les vaya bien al mismo tiempo. Si a uno le va bien es porque al otro le va mal.

¿Cuál es el bando político o social que atraviesa por una crisis?

El grupo de venezolanos que creen no contar con los recursos sociales, económicos y psicológicos necesarios para enfrentar la actual situación del país. Son los venezolanos que se angustian porque sienten que su familia y su comunidad de amigos se desintegran —unos porque son asesinados por el hampa, otros porque se marchan al extranjero— y el poder adquisitivo se debilita de modo irreversible. La mente de estas personas ha perdido estabilidad y control emocional.

Su reflexión parece arrojar, como corolario, que los integrantes del sector social, político y económico actualmente en crisis sólo saldrán de su estado de angustia y desasosiego cuando los miembros del otro bando comiencen a experimentar los signos de la crisis y el estrés. Esto es terrible, porque se parte del supuesto de que es necesario colocar al otro sector de la vida nacional en un plano de minusvalía psíquica, de desequilibrio emocional.

Este comportamiento, llevado al extremo, busca allanar el camino para la exterminación física, la guerra civil. En el fondo, todas las guerras alimentadas por el fanatismo se basan en esa antilógica: «Yo tengo la verdad, y todo el que no está conmigo merece la muerte».

Resulta preocupante que muchas personas conciban la retaliación, la

actitud revanchista del «ahora te toca a ti», como la salida idónea de la crisis. El funcionamiento es el siguiente: la mente en crisis se dice a sí misma «sólo superaré de verdad esta situación de caos y angustia cuando tenga la capacidad para asegurarme de que el otro, el enemigo, experimente las

desgracias que estoy afrontando, porque entonces, en ese justo momento, quien va a estar en crisis es el otro». Esa es la mayor fantasía de la mente infantil, apresada en el juego dialéctico de los buenos y los malos: tener el poder para «hacer justicia». Pero, desde el punto de vista de los resultados y de las ideas, ésta es la estrategia más pobre e inadecuada. Las crisis se resuelven en el entendimiento. El camino es la reconciliación.

¿Cuál es la salida?

Antes de responder esa pregunta me gustaría señalar un elemento que nos faltaría para terminar de precisar la naturaleza y el alcance de las posibles soluciones a la crisis que sufre la sociedad venezolana, y que puede resumirse en el concepto de polarización.

A partir de un enfoque bastante simplificado podemos decir que la mente humana tiene dos componentes: el emocional y el lógico-racional. Las emociones nutren al ser humano de la fuerza necesaria para enfrentar y superar los problemas. Dentro del mundo afectivo se encuentran sentimientos y emociones que los psiquiatras encontramos todos los días en nuestras consultas médicas: la angustia, el dolor, la tristeza, la rabia, el miedo, la alegría, el amor. Las emociones son el principio vital.

La otra parte de la mente humana es el componente lógico-racional; esto es, la capacidad para entender y analizar. Pero, ¿qué sucede en situaciones de crisis? Que el componente emocional de la mente es el que dirige la acción y las pautas de comportamiento. En esos momentos, la razón se pierde, desaparece del panorama humano, no está allí.

Tenemos una sociedad que está muy condicionada por elementos emocionales, en desmedro de la capacidad

de pensar. ¿Cuál es la clave para salir de una crisis? La utilización de la fuerza de la emoción para el rescate de la razón y la cordura, para la recuperación del pensamiento crítico y la capacidad de análisis.

La solución consiste en restablecer un equilibrio justo allí, en la crisis, donde se libra un combate muy duro entre la razón y la emoción, entre el cerebro y el corazón.

Exactamente. En la historia de la humanidad, ¿quiénes han sido los grandes líderes? Aquellas personas que tienen una gran fuerza emocional (ganas, pasión, miedo bien canalizado), porque sin este factor no hay posibilidad de éxito. Pero, además, poseen la capacidad para mantener el razonamiento y la calma en situaciones de tensión, en circunstancias críticas, cuando el resto de los sujetos pierden el análisis lógico. La verdadera salida a las situaciones de crisis consiste en canalizar las emociones en función de comportamientos y modos de pensar significativos, dotados de sentido.

EL DEMONIO POR DENTRO

Al analizar el modo de reaccionar de los venezolanos ante la crisis, el psiquiatra Luis Madrid identifica tres tipos de respuestas: fóbicas (aversión a las aglomeraciones, miedo a los espacios abiertos), psicopáticas (desconocimiento de la norma, irrespeto al otro) y paranoides (sospecha de que se sufrirá un daño o un ataque de alguien).

Hay muchos tipos de respuestas humanas ante la crisis. Por ejemplo, en esa enumeración faltó mencionar la respuesta de tipo depresivo: «Venezuela no tiene salidas», «no hay nada que hacer», «estamos condenados al fracaso».

De todas estas respuestas, ¿cuál es la más preocupante?

La que más me preocupa es el miedo, porque ese sentimiento paraliza a las personas. Cuando están asustados, los individuos se quedan como congelados. Todas sus capacidades para encarar la vida se inhiben abruptamente. Grados muy altos de miedo son preocupantes para una sociedad, porque disminuyen la capacidad de los ciudadanos para

resolver sus asuntos individuales y colectivos. La otra circunstancia que me preocupa mucho es la posibilidad de que ocurran estallidos de violencia. En una situación como la que actualmente padece Venezuela, la violencia es un elemento que se encuentra a la orden del día. El miedo y la ira amenazan la salud emocional del venezolano.

¿Cuándo aparecieron estas conductas disfuncionales? ¿Con el surgimiento de la revolución bolivariana o se manifestaban masivamente antes de 1998?

Estos sentimientos y mecanismos de respuesta no están vinculados con procesos históricos. El miedo, la angustia, la ira, la depresión, la evasión, así como el amor, la esperanza, la solidaridad, están en la estructura psíquica de los seres humanos. Son mecanismos mentales permanentes que, en un momento dado, pueden encontrarse en estado latente. La vida de los seres humanos pasa por fases de calma y fases de crisis. Nadie está exento de atravesar períodos difíciles. La vida de los pueblos transcurre de modo similar: las colectividades atraviesan momentos de calma y creatividad, así como circunstancias críticas y de tensión social. Pero no debemos olvidar que los pueblos no son puros ni sus criterios son unánimes. Los pueblos están integrados por distintos subgrupos. Cada subgrupo tiene su visión de la realidad, del estado general de las cosas; aunque, al final, las interpretaciones son individuales.

Entonces, no existe una suerte de entidad abstracta y colectiva conocida como el venezolano.

Prefiero opinar que, desde el punto de vista psiquiátrico, lo que hay es un conjunto de estados mentales colectivos que pueden variar en el tiempo.

La realidad es que Venezuela es hoy una sociedad muchísimo más violenta que la de hace veinte años. Anteriormente, el venezolano era mucho más hospitalario en su hogar. También era más amable en la calle. Pero en la actualidad la realidad es distinta. ¿Significa esto que los venezolanos somos violentos? No. Los venezolanos de este tiempo actuamos en función de un estado mental relacionado con una circunstancia histórica determinada; un estado mental, por cierto, absolutamente reversible.

La violencia, la desconfianza, el pesimismo, el temor, el odio y la ira no son rasgos intrínsecos del pueblo venezolano; sólo aparecen como respuestas ante una situación externa crítica.

Algunos analistas, autores de un enfoque casi caricaturesco del país, sostienen que el verdadero origen de la crisis es que el colectivo venezolano no sirve para nada...

Me parece que este juicio es absurdo. Venezuela está llena de gente extraordinaria. Los venezolanos somos gente de primera línea: inteligentes, capaces, buenas personas.

Todos tenemos el demonio por dentro. Y lo que hemos visto es que ese demonio, que no es otra cosa que la anarquía, va saliendo a medida que se profundiza el deterioro de la vida so-

mientras que en los otros sitios están los buenos. Al final, las personas tienen que efectuar el viaje de sus sueños para entender que aquí no están todos los malos ni allá están todos los buenos... Pero desde el punto de vista psiquiátrico, tenemos algunas explicaciones.

Está escrito en numerosos manuales, desde hace mucho tiempo, que cuando se nos hace difícil expresar la agresión tendemos a revertirla hacia nosotros mismos. ¿Qué se oculta entonces detrás de la denigración del gentilicio? Un planteamiento depresivo. Generalmente, la autoagresión es la consecuencia de una rabia muy intensa que no puede expresarse, que no encuentra modo de ser canalizada. Una mujer o un hombre que no pueden expresar su malestar ante una situación marcada por la violencia tienen la tendencia a redireccionar su

«Grados muy altos de miedo son preocupantes para una sociedad, porque disminuyen la capacidad de los ciudadanos para resolver sus asuntos individuales y colectivos»

cial. Venezuela es un país anárquico, un territorio donde todo el mundo hace lo que le da la gana. Obviamente, las brechas presentes en la estructura legal de Venezuela y el ambiente de impunidad generalizada son un estímulo para la transgresión. Sin embargo, desde el punto de vista científico, este entorno de anarquía es un fenómeno que se explica por la coincidencia de un conjunto de factores históricos, no como consecuencia de una tara psicológica de los venezolanos. El estado mental colectivo de los venezolanos es una situación que se puede resolver, aunque no sea una tarea fácil.

Detrás del planteamiento determinista y fatalista que denuncia la supuesta incapacidad mental de los venezolanos se esconde un raciocinio limitado por un estado emocional terriblemente depresivo. El planteamiento último de estos depresivos es que Venezuela no tiene futuro. Pero, si la mayoría de los que vivimos aquí somos unos incapaces, ¿qué clases de salidas nos quedan?

¿Irse del país?

Irse adonde están los buenos, emigrar hacia donde está la civilización. En el fondo, seguimos recreándonos en el juego de «los buenos y los malos». En este país están los malos, los que no sirven;

malestar hacia su propia persona, a producirse autolesiones. Dentro de las autolesiones que puede infligirse un individuo se encuentra la autodenigración: «no sirvo», «soy malo», «nada lo hago bien».

SALIR DE LA CRISIS

¿Cómo se puede ayudar al colectivo venezolano para que pase de una situación de crisis a una situación de cambio?

¿Qué cosas son útiles para salir de la crisis? En mi opinión, lo primero es estimular, desarrollar y preservar «lo bueno y sabroso de la vida». En situaciones de crisis, las personas están tan inmersas en sus conflictos individuales que tienden a asumir dos comportamientos, los cuales tienen en común favorecer el aislamiento social: se meten cada vez más en el problema o se sumen en una especie de «exilio interior», que viene a representar la desconexión total.

Cuando una persona tiene que enfrentar una situación muy compleja lo mejor que puede hacer es nutrirse y afincarse en cosas que le den fuerzas, energías, capacidad de acción. Todos estos factores están íntimamente vinculados con las predilecciones de la persona. Lamentablemente, en situaciones de crisis la gente hace todo lo

contrario: las actividades o las ocupaciones que representan placer son interpretadas como una traición.

Una segunda recomendación es positiva: la persona debe tener un pie puesto en el problema y el otro fuera de él. ¿Por qué? Porque cuando el sujeto

«Todos tenemos el demonio por dentro. Y lo que hemos visto es que ese demonio, que no es otra cosa que la anarquía, va saliendo a medida que se profundiza el deterioro de la vida social»

tiene toda su estructura psíquica, toda su capacidad emocional, volcada hacia el problema, la mente no tiene posibilidad de pensar. Pero cuando ocurre lo contrario, la cosa no mejora mucho: cuando la mente pierde su conexión con la crisis, el sujeto se convierte en una suerte de «exiliado interno», de alienado. El reto es conseguir el equilibrio entre lo emocional y lo racional.

El protagonismo es otro factor que ayuda a superar los episodios de angustia. ¿Qué significa este concepto? La posibilidad de que una persona entienda que, al final, su vida es su vida y sólo le pertenece a ella. En esta Venezuela de crisis, lo que va a pasar con nuestras vidas, con nuestras familias y nuestros trabajos depende fundamentalmente de nosotros mismos. No podemos cifrar la resolución de los problemas en el esfuerzo ajeno.

Otro consejo valioso es tratar de entender al otro, a ese ser que piensa distinto. Entender al otro es un paso fundamental en la necesaria tarea de vencer el miedo.

Finalmente, en las situaciones de crisis personal, también es necesario mejorar la red de apoyo social. Técnicamente, definimos la red de apoyo social como el conjunto de personas o instituciones con las cuales uno se relaciona (la familia, los amigos, los compañeros de oficina, la comunidad religiosa, los grupos de referencia). El común de las personas, cuando enfrenta circunstancias críticas, procura aislarse, pero la soledad agrava el problema, es un factor de debilidad.

Estas cinco estrategias tienen sentido en aquellos casos en los que no hay patologías psiquiátricas. Porque, cuando las personas sufren de depresión grave, una parte de su tratamiento implica medicación. Ahora, quienes sufren de depresión no representan la totalidad, sólo son un grupo. Entre las personas que están en crisis no todas se deprimen.

¿Quién cumple el papel de psiquiatra del colectivo?

Sobre el psiquiatra de lo colectivo no tengo respuesta. Ahora bien, hubo un hombre que cumplió muy bien su papel de líder de una sociedad sumida en una crisis: Winston Churchill. Este primer ministro ofreció a los británicos «sangre, sudor y lágrimas». Es decir,

tuvo el valor de llamar a la realidad a un pueblo en guerra. «Pongan los pies en la tierra», fue a grandes rasgos el sentido de sus palabras.

Para algunos teóricos de la gerencia, los líderes cumplen una función casi «psiquiátrica» en las dinámicas internas de sus organizaciones, en el sentido de ayudar a la gente a superar sus miedos y canalizar sus emociones hacia metas llenas de sentido y trascendencia.

Es bueno precisar que el mensaje de Churchill no fue derrotista o apocalíptico. Si bien dijo aquello de «sangre, sudor y lágrimas», también es cierto que les inculcó la necesidad histórica de la victoria ante los enemigos. Particularmente pienso que este mensaje está lleno de sabiduría.

¿Cuál es el mensaje apropiado para una persona que está en crisis? Un mensaje que conjugue una visión realista con un espíritu optimista. Pero debe ser un optimismo basado en la convicción personal de que es posible hacer algo, porque esta es la emoción positiva y edificante que captan los miembros del grupo.

En la situación de crisis personal hay otro elemento importantísimo sobre el que los psiquiatras llaman la atención: la necesidad de subdividir los objetivos fundamentales de la vida en metas pequeñas, prácticas, estimulantes y realizables.

UN PAÍS EN EL DIVÁN

Si tuviese el poder de eliminar un rasgo negativo de la psique del ser humano, para que éste pueda ser más feliz, ¿cuál eliminaría?

La inconformidad. Si la gente fuera capaz de valorar lo que tiene, y dejara de quejarse por lo que no tiene, el mundo sería distinto, porque buena parte del sufrimiento humano tiene que ver con la inconformidad, no con la ambición,

que es un sentimiento más relacionado con la búsqueda de objetivos.

¿Siente que las circunstancias del país se ven reflejadas en su práctica psiquiátrica?

Sí. Definitivamente, uno de los temas que más preocupa a mis pacientes es la realidad social, económica y política del país. Hace quince años la tendencia era totalmente distinta. Sin embargo, siempre es conveniente precisar que nosotros tenemos dos países. Venezuela está picada en dos partes, en dos estados afectivos.

¿Existe en la sociedad venezolana algún rasgo cultural particularmente ventajoso para pasar de una situación de crisis a una situación de cambio social?

Sí, el sentido del humor. Las personas que tienen el don o la habilidad de apreciar la cotidianidad desde una perspectiva graciosa o humorística generalmente tienen una mayor resiliencia ante la crisis.

Hay gente que sostiene que las bromas no son otra cosa que mecanismos de evasión para no enfrentar la crisis.

La evasión y el sentido del humor son dos cosas distintas. El sentido del humor, desde el punto de vista psiquiátrico, es una fortaleza de la persona. Un sujeto con una visión humorística de la cotidianidad está dotado de una herramienta de «cuestionamiento simpático», que resulta muy valiosa y efectiva al analizar los factores tanto internos como externos de la personalidad. En cambio, la evasión es una debilidad.

¿Existe en la sociedad venezolana algún rasgo cultural particularmente negativo o desventajoso para pasar de una situación de crisis a una situación de cambio social?

La tendencia a la anarquía. Los venezolanos nos jactamos de ser vivos, de ser «pájaros bravos». Tenemos una gran dificultad para aceptar las normas como pautas de comportamiento y mecanismos de solución de conflictos. Venezuela no tendrá salidas con la anarquía social y la retaliación política. La solución tiene un único camino: la paz social, la convivencia, la aceptación del distinto. 